

Una pedagogía de la 'historia' en Colombia: talleres de la palabra imagen

Un día, tras dictar un taller en un pueblo de Colombia, el bus que conducía mi camino al avión se averió en mitad de la nada. Entre la desazón que ese hecho produjo en todos los pasajeros, un hombre se paró a mi lado, casi rozando mi brazo, casi sin mirarme me dijo con voz recia: «Cuénteme algo». Sorprendida, abrí mis ojos como platos, vacilé una respuesta y apenas sonreí. «¿Cómo le pareció mi tierra? –probó de nuevo– ¿porque usted no es de por acá?» No señor, fue lo único que atiné a decir. Contempló unos segundos al conductor manipular dentro del motor, yo intenté rehuir su conversación, me examinó por última vez esperando una palabra quizás, se alzó de hombros, «si no tiene nada que contar le tocó aburrirse», me dijo y se fue. Bajó despacio las escaleras del vehículo, una vez estuvo al lado del camino pude reparar en su figura, me llamó la atención la formalidad de su atuendo, ese hombre era un ejemplo de pulcritud. El bochorno del medio día apenas empezaba a amainar después de un sol escandaloso, en que todos creímos en algún momento de las dos horas anteriores derretimos en sudor, pero él se conservaba como al momento de vestirse temprano, saco y pantalón de lino negro, camisa blanca almidonada y cerrada desde el primer botón al último, recorrí su cuerpo de arriba abajo, no había una arruga visible en su traje; mi contemplación se detuvo a la altura de las pantorrillas cuando observé sus pantalones remangados arriba del tobillo y sus pies descalzos. Presintió mi sorpresa y se volvió, clavó su visión en mis ojos por un instante, luego la desvió para ojear el terreno que nos circundaba y empezó a ascender el pie de monte; me quedé curioseando cada movimiento que hacía, como cada paso se aseguraba entre los pies y la tierra, miré su cuerpo marchar al ritmo del camino hasta no verlo más. De repente escuché el tronar del motor, me acomodé, volví sobre la montaña verde ya sin aquel punto negro abriéndose paso en ella, y sólo entonces, recordé en qué país habito.

« ... Y como por arte de magia, de cuerpo entero, apareció el relato que esperaba desde el comienzo».

Estas palabras dieron fin a varios años de interrogantes, ahora inician la narración de la historia que voy a contarles, de una u otra forma son el re-cuento de un hallazgo metodológico, observando desde una perspectiva pedagógica las palabras que conforman las historias a lo largo y ancho de mi país, sin olvidar que por encima de todo, es un intento por afinar la construcción de la imagen en palabras. Tres elementos fundamentaron este hallazgo: voz – imagen – palabra.

Llegar a ese punto requirió de varias escalas con el fin de ajustar el matiz que ayudaría a guiar el camino hacia ellas, observando en detalle la variación de tonos en temas como la memoria, la utilidad del lenguaje literario, el fin comunicativo de la verdad y la ficción, el juego simbólico que nos permite acceder a la tradición para concluir en la lectura de una realidad hecha ‘historia’, desde una propuesta pedagógica, la cual requiere del planteamiento de las razones de origen de tres espacios de desempeño en los talleres: la narración oral, la escritura académica y creativa, y el quehacer pedagógico, encargado de acercar la memoria individual a la particularidad de cada lector o escucha, gracias a las herramientas que conforman la propuesta pedagógica responsable de leer la realidad por medio de la palabra-imagen.

Colombia una producción permanente de historias

Durante algún tiempo de mi vida tuve la certeza de que en la sociedad colombiana la proliferación de historias en nuestra boca era el pan de cada día. Claro, para observar esto no se necesita un estudio muy dedicado, basta con ser colombiano, algo de conciencia sobre la asiduidad de ese estado comunicativo y no mucho más. Lo que resultó llamativo para alguien como yo, que venía pensando en el tema, fue observar que el resultado de los relatos obtenidos en muchos casos no era acorde a una situación sociológica en apariencia evidente.

Tres grupos específicos me permitieron dilucidar mis dudas sobre el tema. En mi época de estudiante universitaria, como quien dice ya hace algún tiempo, realicé entrevistas que indagaban sobre la historia de Colombia, debo aclarar que no sólo se limitaban a formular preguntas inteligentes para obtener una respuesta, apuntaban a configurar historias de vida particulares que ayudaran a exponer cómo se llevó a cabo la conformación de algunas

agrupaciones políticas al margen de la ley para obtener una panorámica en razones casi personales de la historia no oficial del país. Así mismo, estuve muy cerca de la gestación del movimiento de Narración Oral Escénica (del cual hice parte, pero por motivos de pánico escénico, me quedé del otro lado del escenario), este movimiento ya cuenta quince años de existencia produciendo bandadas anuales de cuenteros universitarios con quienes he podido trabajar en dos universidades. Y el otro grupo, lo conformaron los docentes en diferentes ciudades del país. En esta ocasión tuve la oportunidad de hacer un trabajo importante, porque mientras emitía algunas ideas en una cátedra de oralidad, ellos me permitieron conocer mi país, familiarizarme con los diferentes usos lingüísticos y culturales de nuestras variadas tierras, y observar recursos pedagógicos utilizados por ellos en su actividad docente.

Como ven he tenido en mis manos una enorme fortuna, una descripción bastante acertada de mi país, y gracias a ello he podido contemplar diversidad de narradores, de tal manera que tanto en las personas como en los grupos pude examinar los aciertos y desaciertos de un mundo narrativo bastante amplio, en el cual a pesar de la facilidad expresiva en mayor o menor medida, de acuerdo a la región, al nivel de formación educativa y dependiendo de los recursos a los que tuvieran acceso, los resultados no arrojaban una diferencia muy notoria; reduciendo la supuesta inmensa fuente de la palabra propia de miles, al estrecho espacio que queda entre los contadores de historias tradicionales, los muy capacitados por formación y los que viven de ese arte. Pero, ¿y el resto de nosotros qué? ¿Dónde dejamos esa particularidad verbal que se supone nos es tan propia?, porque al decir que hace parte de nuestra cultura, muy probablemente no estemos hablando de un estado contemplativo que por sí mismo genera un relato, tampoco lo podemos dejar al libre albedrío de una conversación que las más de las veces no tiene la obligación de concluir ni de conducir una

historia. Entonces, ¿a dónde se fueron las historias en una tierra donde ellas bullen y galantean los aires cotidianos?, y ¿por qué la incapacidad para conformarlas, bien sea en el espectro oral o en el gráfico que garabatea la escritura?

Al preguntarme sobre las historias orales, no sólo apuntaba a los estilos narrativos dentro de una situación escénica, sino al desarrollo de una capacidad narrativa oral en cualquier persona, tan innata como la dimensión comunicativa. Entonces, me di cuenta que la superioridad de un narrador, no estriba en su disposición, ni siquiera en su destreza, sino en la forma peculiar de mostrar una realidad, y encontrar esa forma constituye el secreto para desplegar el contenido de una narración. Ese es el reto al cual me enfrento cada vez que emprendo un nuevo taller de creación de historias orales o escritas, tratando de no olvidar lo más importante, ser conscientes de que las historias no existen por sí mismas, las hacemos existir, pero antes de hacer su aparición, se deben inventar, recrear, sumergir en el licor de nuestra saliva con la idea de que arrojen un aliento propio y de ser posible, nuevo, para así dar vida a la infinita gracia y versatilidad significativa de las historias, en los oídos acostumbrados a portar conocimiento desde su propia aurícula.

Ustedes estarán pensando que esto es perfectamente obvio, ustedes público de lectores, ustedes profesores de literatura, de narrativas y narradores, acostumbrados a otear esas características en las obras. Cosa distinta acontece cuando delante de ti alguien tiene la idea germen de una historia, pero no atina cómo desarrollarla para hacerse entender. Así me pasó un día. Frente a mí tuve a una amiga que intentaba contar una historia y no le era posible lograrlo, yo no sabía qué decirle ni en qué ayudarle; me fui a dormir y de repente en mitad de la noche me desperté sobresaltada diciendo: ¡la imagen, no hay imágenes! A partir de ese momento tuve la certeza de que la atención se debe centrar en este punto, para facilitar la procreación más acertada de interpretaciones que ayuden a codificar

instrumentos creadores de nuevas historias, y para esto, la imagen sería la encargada de depurar las herramientas que colaboran a entender el desarrollo interno de una historia relatada o por relatar, a partir del engranaje interno de la misma, donde la palabra sea fuente de un camino investigativo para conocer la realidad que la produce, y desplegar así una actitud y aptitud narrativa a partir de la utilización de la palabra-imagen.

Encadenando una imagen con otra

Tratando de obviar aquella frase de que los escribas tienen muy mala fama, porque lo cambian todo, la construcción de historias es la que ayuda a hacer presente, eso que los historiadores llaman pasado, pero aún así, al momento de referir un relato, sólo se cuenta con su presente interno.

Debo hacer un paréntesis para recordar que en este proceso, una gran piedra en el zapato fue la escritura de mi tesis, específicamente el capítulo donde debía exponer la metodología a seguir, el cual me vi incapacitada para redactar acorde a los cánones académicos, de tal manera que no tuve otra opción que crear una metodología propia adecuada para relatar monografías literarias cuyo apoyo teórico fue el relato literario. Mientras la construía, noté cómo los elementos ordenadores de mi escritura no sólo se invertían, sino cómo surgía uno nuevo, ya no era voz-palabra, sino palabra-voz-imagen.

Edificar la arquitectura de la metodología pensé que ayudaría a disminuir mis preguntas, sin embargo, aumentaban, pero al retomar el último capítulo, el cual era un reportaje literario, producto de los relatos de muchos sobre la reciente historia política de Colombia, me llevó a volver sobre la imagen, en esta ocasión como un método-lógico que permitiría hacerme entender y justificar ante la academia una simbiosis metódica de la idea sobre la palabra hecha imagen. Es decir, a una historia no la salva un buen ojo sobre la realidad a secas o la

capacidad histriónica de quien la refiere, ni la nueva perspectiva de una gramática individual –sin negar su importancia–, ni la posibilidad de embelesar a quien escucha por unos momentos; la salva la acertada construcción de imágenes con las cuales se describe un mundo por conocer. Ustedes dirán que ese detalle lo podemos encontrar en algunas teorías narrativas, pero a pesar de saberlo teóricamente, tuve que descubrirlo. Y cada vez que lo olvido, vuelvo sobre la imagen de aquel punto negro sobre el ramaje verde, para recordar el país donde un hombre impecablemente vestido sube una montaña descalzo porque esa es su realidad.

Todo esto me permitió diseñar un taller para producir relatos, centrado en la lectura de la realidad, haciendo énfasis en la memoria y en la producción de imágenes, lo llamé *La palabra-imagen*. Empecé con un taller a cuenteros, bajo la salvedad de que el enfoque sería diferente. Aproveché para tantear un posible resultado y funcionó. Luego, durante cuatro años dicté talleres de escritura creativa en la Universidad del Rosario en Bogotá y funcionó. Volví a la Universidad Javeriana, en ese momento adelantaban una campaña contra el alcoholismo y la drogadicción de jóvenes. El diseño de la campaña culminaría con la difusión de historias a cargo de cuenteros universitarios, pero había un problema, los relatos no existían aún, cosa que me llevó a adaptar la metodología de la escritura de relatos para escribirlos primero y contarlos después. Luego, dicté talleres para el Distrito. Por ejemplo, en la localidad de Santa Fe, de la ciudad de Bogotá, había un grupo de jóvenes sin muchas posibilidades de trabajo ni estudio. La iniciativa del proyecto a realizar era convertirlos en los caminantes de su localidad para conocer a fondo el espacio cotidiano, transmitirlo a los demás mediante historias aventuradas por ellos, y de esa manera, renovar la mirada sobre lo suyo. En otra localidad, La Candelaria, pretendían crear fuentes de empleo a un grupo de adultos convirtiéndolos en guías turísticos de su zona, si bien este es el sector histórico de

la ciudad, no bastaba con repetir las historias de históricos libros, sino que era ineludible la creación de relatos propios a partir de una investigación para re-conocer su entorno gracias a una lectura de la realidad individual sobre las imágenes colectivas.

¿Por qué hablar de una pedagogía narrativa en un reino de narradores?

En el año 2003 me propusieron en la Universidad Javeriana escribir un módulo de literaturas orales para formación a distancia, dirigida a docentes de diferentes regiones del país. La primera opción fue escribir un texto mamotretudo e incompleto recogiendo apenas una que otra cosa sobre las historias orales de algunas culturas, pero pensé que era el momento de trazar a esos profesores una propuesta sobre el tema, ya que ellos son los narradores diarios en las aulas de clase, ellos son quienes deben tener la oportunidad de pensar cómo se conforman las historias y así ayudar a sus alumnos a producirlas.

Al exponer mi perspectiva pedagógica o mi «imagen» metodológica sobre cómo contar las palabras hechas historias orales, me di cuenta que no puede ni debe circunscribirse a las narraciones orales, de hecho, ellas me ayudaron a pensar en su gran utilidad pedagógica; no obstante, me vi en la obligación de reconocer que esta propuesta recorre las diferentes expresiones de la palabra-imagen: la oral, la escrita y la audiovisual. Eso me llevó a determinar una posible solución al silencio que habita este reino de narradores y la posibilidad de que cualquier colombiano pueda contar o escribir historias, gracias a un mejor manejo pedagógico potenciador de relatos. De la misma forma que en mis clases trato de crear una historia que me interese contar acerca de un tema, por supuesto teniendo en cuenta las necesidades de los estudiantes de turno, y a partir de esas razones, busco los insumos más útiles para lograrlo, pues, la idea es que todo el mundo pueda tener acceso a la

literatura empezando por lo oral hasta llegar a la escritura de las historias que puedan construir después de asimilar los conocimientos.

La conciencia en el uso de las herramientas para relatar

El monólogo interior fue la mejor opción para resolver este punto, se convirtió en un diálogo de sordos con los demás, no me permití dar cabida a otra cosa que no fuera la formulación de preguntas y la afirmación o negación de respuestas que acertadas o no me permitían avanzar en el asunto. Por ejemplo:

–¡Ahora pienso que la memoria siempre tiene razones literarias! Fue por eso que pude partir de esta metodología para armar historias orales o escritas, ya que las grandes obras orales condujeron las claves narrativas en la escritura.

–¡Claro! Por eso mismo, mirando desde esta perspectiva no se debe descartar ni tratar de disuadir la importancia de una sobre la otra, pues la igualdad de las herramientas que construyen los relatos orales o escritos es patente.

–¡Por supuesto! Leer la realidad o en su defecto recontextualizarla, no es más que descorchar la botella de las palabras, después de descubrir la alteración que se crea en el orden real para producir una historia bien sea oral, escrita o audiovisual.

–¡Ajá! Ahora veo porqué al inicio de mi observación tan sólo fue palabra y voz, y luego se convirtió en voz, palabra, e imagen.

–¡En efecto! Ya no era memoria, lenguaje literario, fin comunicativo, juego simbólico, tradición y lectura de la realidad para dar a luz una historia, sino fin comunicativo, memoria, lenguaje literario, juego simbólico y tradición, para recontextualizar una lectura de la realidad y parir una historia.

–Así, ya no hay lugar a la repetición de imágenes, de ser así, debemos dar por hecho que se agotaron las palabras, así esas imágenes pertenezcan al mayor y más grande de los barbarismos gramaticales.

–Es cierto, por encima de todo, somos productores de palabras con métodos literarios-orales, estamos en la obligación de arrojar imágenes claras y verdaderas a la mente y al oído, sin tener que explicar el cuento, porque de tener que hacerlo, esa historia no sirve.

–Por eso, las muchas sugerencias, los silencios, en fin, la imagen.

–Sobre todo, cuando entendemos que la comunicación es un proceso de interacción social cuyo objetivo es producir modificaciones en el pensamiento, sentimiento y comportamiento de las personas; un trío del cual no se debe prescindir cuando de componer historias se trata: pensar–sentir–actuar para crear forma, y siempre que haya una forma, habrá una imagen. ¡Obvio!

–¡Y eso es lo que nos dan los símbolos! Nadie puede comunicar lo que no siente; de igual modo, nadie puede visualizar una imagen si no se le permite hacerlo al momento de crear un enlace emocional con quien refiere la historia o con la historia misma.

–¡Ah! ¡Todo esto es lo que conforma los insumos de la realidad!

–Ahora entiendo porqué cuando tengo un relato en ciernes, suelo recordar:

¡A la mesa! Se escuchaba a mi mamá desde el comedor.

Mi papá y yo nos mirábamos a los ojos, ninguno de los dos tenía intención de abandonar la historia, hasta el final.

Todos los viernes santos de mi niñez me levanté muy temprano porque antes del desayuno comenzaba una historia apasionante que mi papá tenía preparada. No me lo podía perder porque de hacerlo, sólo se repetiría un largo año después.

Con mis cortas piernas, con un oso apretado a mi pecho, intentaba que la sábana me sostuviera hasta que mi papá extendía su brazo para darme el último impulso que necesitaba para coronar aquella cima. Me sentaba en el centro de la cama y acomodaba mi oso en medio de las piernas, lista para la historia que no tardaría en comenzar. El adormilado todavía, apenas si lograba acomodarse y empezaba con un par de parábolas y algunos hechos admirables para introducirme nuevamente en la vida de Jesús de Nazareth. Seguía con la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, hasta llegar a la pasión de Cristo.

Nunca he dejado de experimentar múltiples sensaciones al escuchar sobre la traición de Judas, pero a la vez sentía compasión por alguien que sin tener una verdadera razón era capaz de traicionar a un hermano. Me desconcertaba —aún hoy me pasa— la posición de Poncio Pilatos, la de las personas que exigían la crucifixión de alguien a quien unas horas antes aclamaban, pero sobre todo cómo un pueblo esclavo logró ponerse de acuerdo para que aquellos que tanto daño les hicieron, matarían de esa forma a uno de los suyos.

Con el paso de los minutos iba cambiando mi posición corporal y terminaba acostada boca arriba, con los brazos extendidos y el oso entre mis piernas preguntando cada tanto: Pero ¿por qué nadie lo ayuda?

Mi papá me miraba, suspiraba y proseguía. Todos los años al llegar a cierta parte de la narración, me invadían oleadas de esperanza, tal vez en esta ocasión la narración iba a parar en algún momento, algo inesperado evitaría que este año lo mataran, pero no, siempre de mis labios salía la misma pregunta: Pero ¿por qué nadie lo ayuda?

Fui creciendo y entendí que la historia no podía cambiar, que así había sucedido y que en manos de mi narrador no estaba hacerlo —quizás por aquello de «lo escrito, escrito está» que más que una verdad parece una sentencia—. Pero él, antes de llegar al momento de la muerte me llenaba de esperanza, de alegría, de amor, se acercaba muy despacio, se acomodaba muy juntito a mí, me tomaba la mano y me decía: «Ya se acerca la mejor parte. Jesús va a un lugar mejor porque la vida eterna existe, su padre lo está esperando besará todas sus heridas, y ya no sangrará, ya no le dolerán y entonces, será feliz». Proseguía a contar las últimas palabras pronunciadas por Cristo, seguidas de un último suspiro que ponía el punto final a la historia.

Allí acababa mi papá, y allí, en ese mismo lugar de la narración comenzaba yo, porque en mi mente quedaban las imágenes que con filigrana construía todos los años. Después de desayunar salía a mis ocupaciones de siempre, el jardín, los animales, las frutas, pero ese día todo era diferente, los árboles lloraban, sí, lloraban lágrimas de sangre, por sus troncos goteaba una sustancia melcochuda de color rojo sangre. Las flores cambiaban de color, los animales se apaciguaban de una manera extraña y como si fuera poco, siempre llovía, después de medio día sólo era posible tomar un lugar frente a la ventana para ver el estrepitoso aguacero acompañado de un fastuoso vendaval de tierra caliente, engalanado por el encandilar de cada rayo que me dejaba por unos segundos escondida detrás de la cortina.

Cuando cumplí muchos años más y mi papá seguía contándome la historia, comencé a buscar razones que pudieran explicar todas estas casualidades de contexto en el ambiente, y las conseguí, poco a poco, entre unos y otros me ayudaron a encontrarlas, pero la tristeza nunca cambió, se calmaba, pero las razones del alma son más fuertes, y preferí hasta hoy quedarme con el relato que mi padre me contó por muchos años, la historia del amor de un señor que soportó todo eso por otros, con la ternura que cada año mi padre dedicaba a recordar en mi corazón a aquel desconocido y con el amor de la esperanza que guardo muy dentro de mí por un futuro mejor que en algún lugar del universo me aguarda.

En vista de que nosotros no llegábamos a la mesa mi mamá optaba por comenzar en compañía de mis hermanos, obviamente se enojaba, pero no era la única vez que lo hacía, mi mamá se enojaba cuatro o cinco veces según el número de domingos que tuviera el mes, cada domingo por la mañana se repetía la misma escena en que yo llegaba muy temprano a la inmensa cama de ellos, mi papá se acomodaba y hacían su aparición las historias del Tío Conejo, las leyendas de miedo, los cuentos

de los hermanos Grimm, a veces simplemente comenzaba a contarme cosas que le habían pasado en la semana, historias de sus amigos, y cuando los encontraba en la sala de mi casa, haciendo visita de adultos o yo por alguna razón visitaba a mi papá en la oficina y los veía, buscaba un rincón para observarlos sin que lo notaran y desde allí hacía memoria de esos pequeños secretos que recordaba en la boca de mi papá y que ellos jamás se enterarían que yo conocía. En conclusión, mi papá para mí era un baúl sin fondo, no se necesitaba más que oprimir el interruptor de mi deseo y él comenzaba a contar historias de cualquier tipo que me hacían soñar con mi vida y la de otros.

Antes de terminar el desayuno, supongo, mi mamá tomaba un nuevo aliento, se calmaba, y volvía a decir: El desayuno se va a enfriar de nuevo. Mi papá y yo nos mirábamos con una sonrisa cómplice, se ponía en pie, de un salto quedaba en sus brazos y nos dirigíamos a la mesa donde aún nos esperaban con los últimos bocados. Tomábamos asiento y retomábamos la conversación que ellos tuvieran. Pero nuestro ritual de historias nunca nos alejaba de la cama antes del punto final. Esto se repitió hasta entrada mi pubertad y muchas de ellas alimentan hoy mi vida.¹

Les acabo de exponer mis razones para proponer una pedagogía sobre la composición de historias que nos asaltan cada vez que intentamos robarlas de la realidad de todos y volcarlas en nuestra lectura de ella a partir de la palabra-imagen. Ahora me asalta una duda sobre cada uno de ustedes, ¿cuál de estas preguntas la convierten día a día en su privilegio para significar su realidad?:

¿Papá es cierto que la televisión en blanco y negro existió?,

¿Lo escrito, escrito está?,

¿El verbo se hizo carne?

Luz Stella Angarita Palencia
Junio 6 de 2005

¹ Luz Stella Angarita. Una perspectiva pedagógica de la palabra. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana (Centro Universidad Abierta), 2004.